

BIBLIOTECA SELECTA

ANDERSEN.

# IB Y CRISTINA

Los saltarines  
La felicidad de una rama  
La alcancía - El alforson  
Historia de Valdemar Daag  
y de sus hijas



Ramon Jopena  
Provenza 95  
Barcelona

12 C-1 Air  
72



00053648

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT  
EL CENSOR,  
AGUSTÍN MAS FOLCH

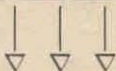
Barcelona 10 de abril de 1923.

IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,  
FRANCISCO DE P. PARES

POR MANDATO DE SU SEÑA.,  
LIC. SALVADOR CÁRRERAS, PBRO.  
*Serio. Canc.*

BIBLIOTECA SELECTA



ANDERSEN

# IB Y CRISTINA

29.138



BARCELONA  
RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENZA, 93 A 97  
1930



---

DERECHOS RESERVADOS

---

# IB Y CRISTINA

---

## I

Por las lindes de un bosque inmenso, situado en el norte de Jutlandia, deslízase apaciblemente el risueño y cristalino río de Gudena. Al oeste de este bosque, cuyo terreno se alza en forma de albardilla, formando como un antemural, habían construido los aldeanos una choza, en medio de un campo labrantío, donde, por exceso de arena, la avena y la cebada crecían con dificultad.

Tres ovejas, un cerdo y dos bueyes, además de las tierras que cultivaban, eran los únicos bienes que poseían las buenas gentes que hace algunos años habitaban aquella modesta vivienda, y los que le bastaban para vivir, ni envidiosos ni envidiados, aunque reducidos, naturalmente, a las cosas más necesarias.

José Jaens — que tal era el nombre del aldeano, cabeza de familia — ocupábase, durante el verano, en las faenas agrícolas, y, durante el invierno, en la fabricación de zuecos, cucharas y otros objetos de madera que solía vender bien.

José Jaens, que, merced a su laboriosidad, había conseguido vivir con relativo desahogo dentro de su humilde posición, tenía un aprendiz que le ayudaba a fabricar los zuecos.

Ib, niño de siete años de edad, e hijo de José Jaens, distraíase mirando cómo fabricaba su padre los objetos de madera y tratando de imitarle, con



lo que conseguía no pocas veces producirse grandes cortaduras en los dedos; pero, como la constancia y la voluntad, útilmente aplicadas, suelen obtener la merecida recompensa, llegó al fin el día, en que el pequeñuelo pudo mostrar triunfalmente a sus padres un par de zuecos elaborados por él, y que pensaba regalar a Cristina, la hija del barquero.

Cristina era una niña tan preciosa, tan delicada y tan distinguida, que, si sus pobres vestidos no hubieran revelado su humilde origen, habríase creído que era hija de padres nobles.

El barquero, hombre honrado, viudo, que vivía a costa del producto de su trabajo, habitaba con la pequeña Cristina en el erial cercano, ocupado en transportar en su barca la leña del bosque al señorío de Silkeborg y a la ciudad de Randers, y siempre que tenía necesidad de permanecer ausente muchas horas, confiaba su hija a José Jaens, dejándola en la morada de éste.

Cristina tenía un año menos que Ib, lo que no era obstáculo para que fuesen los mejores amigos del mundo, porque estaban siempre juntos, corriendo y saltando; compartían como buenos hermanos el pan y los murtones, y, en una ocasión en que internáronse en el bosque, encontraron huevos de becada, lo que constituyó para ellos un acontecimiento memorable.

A pesar de la fraternal amistad que los unía, Ib no había ido jamás a casa de Cristina, ni se había paseado en la lancha del barquero, pero un día éste le hizo dar un paseo por el campo para que viera la comarca y el río. Al día siguiente, ambos niños fueron colocados en la barca, sobre la leña, desde donde Ib miraba en torno suyo con los ojos muy abiertos, olvidándose casi por completo de comer el pan y los murtones.

El barquero hacía resbalar la barca por la co-

riente, a través de los lagos que forma el río, y que parecían en ocasiones completamente cerrados por los cañaverales y los robles seculares. Otras veces veíanse gigantescos alisos tendidos hasta el punto de estar horizontales a las ondas, y rodeados de iris y de nenúfares, formando seductores islotes. La admiración que a los niños producía la contemplación del panorama era grande; pero, al aproximarse al castillo de Silkeborg, donde se encuentra la gran barrera para la pesca de las anguilas, y vieron el agua precipitarse con estruendo por la presa, Ib y Cristina se mostraron asombrados.

En aquella época no había ciudad alguna, ni fábricas en aquel paraje, sino únicamente alguna que otra granja habitada por aldeanos; pero el ruido del agua y los gritos de los ánades salvajes prestaban gran animación y vida a Silkeborg.

Después de haber desembarcado la leña, el barquero compró un cesto lleno de anguilas y un lechoncillo que acababan de matar, metiéndolo todo en un canasto que colocó en la proa de la barca. Luego, volvió a soltar velas, y, como el viento era favorable, subió la embarcación por el río con tanta ligereza como si hubiera sido arrastrada por dos caballos.

Cuando llegaron al sitio en que habitaba el compañero del barquero, a cuya casa debían ir, la barca fué amarrada fuertemente a la orilla y el padre de Cristina y el hombre que lo acompañaba se ale-

jaron después de recomendar a los niños que permanecieran muy quietos.

Así lo hicieron Ib y Cristina al principio; pero después acercáronse al canasto para examinar el contenido y, al descubrir el lechón, no pudieron menos de sacarlo, palparlo y manosearlo tanto, que



el animal cayó al agua y fué arrastrado por la corriente. ¡Era una desgracia espantosa!

Impulsado por el terror, Ib se dió a la fuga, y Cristina corrió tras él gritándole que no la abandonara. Los dos azorados niños, corriendo el uno en pos del otro, se internaron hacia el bosque, no tardando en verse envueltos entre la maleza que les ocultaba el río, el maldito río que arrastraba al

lechoncillo que habían esperado comer asado. Esta idea les indujo a seguir corriendo; pero, de pronto, Cristina tropezó contra el tronco de un árbol y cayó. La niña, desconsolada y dolorida, empezó a llorar.

—Ten valor, Cristina — dijo Ib a su compañera al verle derramar lágrimas—. Nuestra casa está allá abajo.

Ib se equivocaba al decir esto, porque en la dirección indicada por él no había casa alguna, ni chica ni grande.

Los niños reanudaron la marcha, haciendo crujir bajo sus plantas las hojas secas y las ramas muertas del año anterior. De improviso llegaron a sus oídos las voces fuertes de un hombre, y se detuvieron a escuchar; pero, en aquel instante, graznó un cuervo, y las piernas de los fugitivos emprendieron una veloz carrera. ¡Cuadro tentador! Los murtones más hermosos que han visto en su vida les cerraron el paso, y olvidando inmediatamente el lechón, pusiéronse a comer la deliciosa fruta, embadurnándose de encarnado y azul los labios y las mejillas.

Los gritos del hombre volvieron a sonar a lo lejos.

—Nos van a castigar severamente — dijo Cristina.

—Ocúltémonos en casa de papá — respondió Ib —; mi casa está por este lado del bosque.

Entraron en una senda que se extendía ante

ellos ; pero se habían equivocado. No conducía a la casa de José Jaens.

Pasó la tarde, llegó la noche con sus sombras tenebrosas, que inspiraban temor a los niños, y reinaba en el bosque un silencio profundo, que era interrumpido de vez en cuando por los gritos lúgubres del buho o de otras aves nocturnas. Ib y



Cristina, aunque se encontraban ya muy fatigados, no cesaban de caminar, hasta que, al fin, se extraviaron entre la maleza. Cristina lloraba, haciendo llorar también a Ib ; pero, después de haber gimoteado durante largo rato, concluyeron por tenderse entre las hojas secas y se quedaron dormidos.

El sol estaba ya muy alto en el horizonte cuando

Ib y Cristina despertaron, ateridos de frío. Al ver, por entre los árboles, una colina pelada, encamináronse hacia ella, con el propósito de calentarse a los rayos del sol. Ib abrigaba, además, la esperanza de descubrir, desde aquella altura, la casa de sus padres; pero, desgraciadamente, se encontraban muy lejos de ella y en paraje muy distinto del bosque.

Subieron a la meseta de la colina, a cuyo lado opuesto había un hermoso lago de verdes y transparentes aguas, en las que nadaban infinitos peces que se asomaban a la superficie, para calentarse al sol. Junto a los prófugos había un avellano cargado de fruto, del que se apresuró a proveerse Ib para compartirlo con su amiguita.

De pronto quedáronse extáticos, con el bocado en la boca, al ver ante ellos y como si hubiera brotado de la tierra, una anciana de elevada estatura, rostro cobrizo, cabello lustroso y ojos brillantes como los de una negra. Era una gitana, que llevaba un morral a la espalda y un cayado en la diestra. La mujer les habló; pero el temor les impidió comprender lo que les decía. Entonces, les mostró tres avellanas muy gordas que tenía en la mano y les repitió que eran avellanas mágicas que contenían cosas maravillosas.

Al fin, Ib se atrevió a mirarla cara a cara. La gitana les hablaba con tanta dulzura que el niño preguntó si quería darle las avellanas. La anciana se las dió; pero inmediatamente cogió otras del

árbol. Ib y Cristina contemplaron las tres avellanas con asombro.

—¿Acaso contiene esta avellana un carruaje y dos caballos? — preguntó Ib.

—En efecto — respondió la gitana—, contiene



un carruaje dorado arrastrado por dos caballos de oro.

—Entonces, dámela — dijo Cristina.

El niño la entregó a su amiguita, y la gitana se la ató en un pico de la pañoleta.

—Y en ésta — volvió a preguntar Ib—, ¿habrá una pañoleta tan linda como la que tiene al cuello Cristina?

—Hay diez mucho más hermosas — contestó la

anciana—, y, además, muchos trajes, zapatos bordados, y un sombrero con velo de encaje.

—Entonces, también la quiero — exclamó Cristina.

Ib se la dió también, con su peculiar generosidad.

Quedaba la tercera avellana, que era muy negra.

—Esa es para ti — dijo Cristina — y debes guardarla ; es también muy bonita y debe contener cosas preciosas.

—¿Qué es lo que contiene? — preguntó Ib a la gitana.

—El contenido de ésa es infinitamente más valioso que el de las otras dos — respondió la mujer.

Ib guardó cuidadosamente la tercera avellana, y como la anciana les ofreció ponerlos en buen camino, la siguieron, pero en dirección contraria a la que debían haber tomado. No se suponga, sin embargo, que la gitana tuviese intenciones de robarlos ; quizá ella se equivocaba también.

Próximamente a la mitad del camino, encontraron al guardabosque que reconoció a Ib y lo condujo, juntamente con Cristina, a casa de José Jaens, que estaba profundamente angustiado, a causa de la desaparición de los niños. Los perdonó, no obstante, después de haberles explicado que habrían debido ser castigados con severidad, no sólo por haber dejado caer al agua el lechón, sino también, y muy especialmente, por haber huído.

Cristina fué conducida al hogar paterno y el niño

quedóse en la choza de la linde del bosque. Lo primero que hizo por la noche, al encontrarse solo, fué sacar del bolsillo la avellana que contenía cosas más valiosas que un carruaje dorado; colocóla cuidadosamente entre la puerta y uno de los goznes y apretó. La cáscara saltó en seguida; pero la ave-



...encontraron al guardabosque que reconoció  
a Ib... (Pág. 14.)

llana, que había sido devorada por un gusano, sólo encerraba un polvo negruzco, semejante al rapé.

—Ya me lo había figurado — dijo Ib—. ¿Cómo era posible que contuviera esta avellana cosas tan preciadas, lo mejor que existe? Cristina no

encontrará tampoco hermosos trajes, ni carruaje dorado arrastrado por dos caballos de oro. Aquella mujer nos ha engañado.

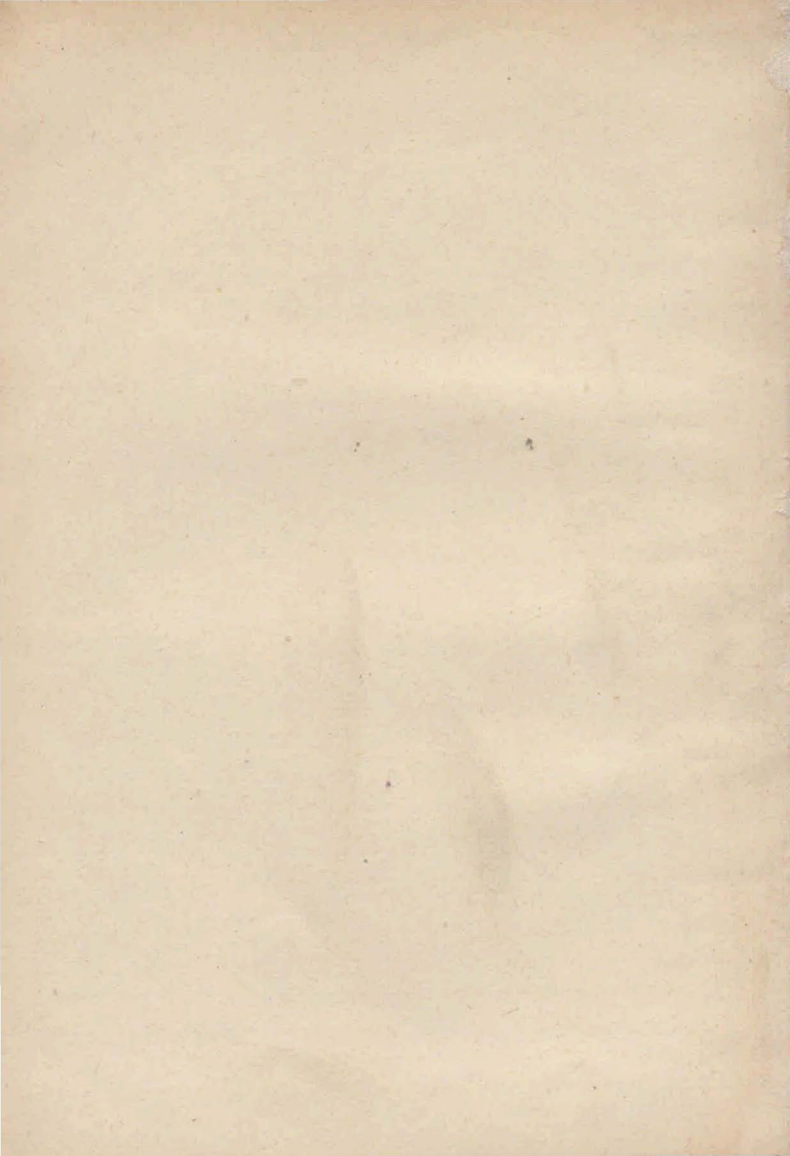
## II

Llegó el invierno, a esta estación siguió la primavera y, así sucesivamente, transcurrieron varios años, sin que en la vida de los personajes de esta historia ocurriera ningún acontecimiento digno de mención ; pero llegó el día en que Ib debía comulgar por vez primera y ser confirmado, con cuyo motivo fué llevado a casa del párroco de la aldea más próxima para recibir la instrucción religiosa. En aquella época, el padre de Cristina visitó a los padres de Ib, a quienes notificó que iba a emplear a su hija, aprovechando la ocasión que se le presentaba de colocarla en casa de unas buenas personas, los dueños del mesón de Herning, situado al Oeste, a algunas leguas de distancia del bosque.

Cristina debía quedarse en el mesón ayudando a los dueños, hasta que hiciera la primera comunión, y si hasta entonces se portaba bien y demostraba celo y laboriosidad, cosa que no podía ponerse en duda, los mesoneros se encargarían de ella definitivamente, como si fuera su propia hija.



...al ver ante ellos y como si hubiera brotado de la tierra,  
una anciana de elevada estatura... (Pág. 12.)



Llamaron a Ib para que se despidiera de Cristina, porque los niños se querían tanto que ya les llamaban los dos prometidos. En el momento de partir, Cristina mostró a Ib las dos avellanas que le había dado en el bosque la gitana, agregando que conservaba también con cuidado, en su baúl, los lindos zuecos que él había fabricado cuando era niño y que le había regalado. Y, dicho esto, se separaron.

Ib fué confirmado, y, al volver al lado de su madre, se encontró con que acababa de fallecer el autor de sus días, por lo que se vió obligado, desde entonces, a fabricar zuecos durante el invierno y a cultivar el campo durante el estío para economizar a su madre un operario.

De vez en cuando llevábales noticias de Cristina algún correo o algún ordinario. La niña se encontraba muy bien en casa del mesonero. Cuando la confirmaron escribió una extensa carta a su padre, en la que le rogaba que saludara muy afectuosamente en su nombre, a Ib y a la madre de éste. Decía, además, que su ama le había regalado seis camisas nuevas y un hermoso traje que apenas se había puesto.

En la primavera siguiente, llamaron un día a la puerta de la madre de Ib; eran el barquero y su hija Cristina, que había venido a visitar a su padre, aprovechando la ocasión de que un carruaje de la posada pasara por allí. Cristina se había transformado tanto que parecía una señorita de la



. Cristina mostró a Ib las dos avellanas que le había dado en el bosque la gitana .. (Pág. 17.)

ciudad. Vestía un traje, hecho a medida, que le sentaba muy bien.

Cristina estaba, pues, perfectamente ataviada, mientras que Ib vestía su traje de diario, por lo que se quedó tan cortado que le fué imposible pronunciar una palabra. Esto no obstante, cogió una mano de la joven que retuvo largo rato entre las suyas.

Ib estaba muy contento, pero la impresión le impedía hablar, mientras que Cristina, por lo contrario, charlaba como una cotorra, contándolo todo, y abrazando a su amiguito de la infancia sin la menor cortedad.

—¿No me has reconocido en seguida? — preguntóle Cristina cuando estuvieron solos—. Te has quedado mudo como un pez.

En efecto, Ib permanecía agitado, confuso, y sin soltar la mano de la joven. Al fin, recuperó el uso de la palabra y pudo responder :

—Es que te has convertido en una señorita muy elegante, mientras que yo continúo siendo un pobre pelagatos. Pero, ¡ si supieras cuánto he pensado en ti y en nuestros años de la infancia !

Y, dicho esto, cogieronse del brazo y fueron a pasearse por el terreno que se extendía detrás de la casa, contemplando los alrededores, el río, el bosque y las colinas cubiertas de brezos. Ib pen-



saba más que hablaba ; pero, cuando volvieron, estaba convencido de que Cristina sería su esposa. Por algo les habían llamado siempre los prometidos. La duda no era posible : estaban desposados, aunque ninguno de los dos se hubiera explicado jamás respecto al asunto. Cristina debía regresar aquella misma noche a la aldea, porque el carruaje del mesón pasaba por allí al amanecer. El barquero e Ib la acompañaron. La noche era hermosa ; en el espacio azul brillaban la luna y las estrellas en todo su magnífico esplendor. Cuando llegaron al mesón, Ib estrechó entre las suyas la mano de Cristina y, profundamente emocionado, le dijo :

—Si no te has familiarizado con la elegancia, y no es un gran sacrificio para ti habitar en casa de mi madre, serás mi esposa un día... pero podemos esperar aún.

—Eso es—respondió Cristina estrechándole una mano—. Esperaremos. Tengo confianza en ti y creo que te amo ; pero deseo estar completamente segura.

Ib la besó con ternura y se separaron. Al volver notificó al barquero que Cristina y él se habían prometido, a lo que el padre contestó que éste había sido el deseo mayor de su vida. Luego acompañó a Ib a su casa donde permaneció hasta muy tarde, hablando con la madre del chico acerca del próximo casamiento.

Transcurrió un año, durante el cual Ib y Cristina se escribieron jurándose fidelidad eterna.

Pero un día, el barquero fué a cumplimentar a Ib en nombre de Cristina, y, después de hablar de muchas cosas sin importancia, concluyó por declarar : «que el hijo del mesonero que cuidaba de Cristina, había regresado de Copenhague, donde desempeñaba un gran cargo y, habiéndole parecido Cristina muy encantadora, había manifestado deseos de casarse con ella ; pero que Cristina no había olvidado cuánto la amaba Ib y estaba dispuesta a rechazar al nuevo pretendiente».

Y, dicho esto, el barquero bajó la vista comprendiendo que acababa de ocasionar un disgusto.

Ib había escuchado el relato sin pronunciar una palabra, pero más blanco que el papel.

—No, Cristina no debe rechazar al nuevo pretendiente — balbuceó—, si cree que puede hacerla feliz.

—Bien está — dijo el barquero—, escríbele algunas líneas.

Ib tomó asiento, púsose papel y pluma delante, y después de reflexionar durante largo rato, trazó algunas palabras que borró al momento ; volvió a escribir y a rasgar lo escrito, viéndose al fin obligado entonces a desistir de su propósito ; pero, al día siguiente, ya más tranquilo, consiguió redactar la siguiente epístola que, por conducto del barquero, llegó a manos de Cristina :

«He leído la carta que has dirigido a tu padre, y comprendo que, si hasta ahora todo ha salido a

medida de tus deseos, en lo sucesivo puedes ser más feliz todavía. Interroga tu corazón, Cristina, y reflexiona en la suerte que te espera si te casas conmigo, que no poseo casi nada. No pienses ni en mí, ni en lo que pueda yo sufrir, sino únicamente en tu eterna felicidad. Ningún lazo o promesa nos unen, y si acaso en tu corazón habías hecho alguna en favor mío, te dispenso de cumplirla, pues sólo deseo que seas muy feliz. Dios me consolará.

»Tu amigo más que nunca,

»Ib.»

Cristina, al recibir esta carta, dijo que Ib era un buen muchacho, y en el siguiente mes de noviembre se leyeron las amonestaciones en la parroquia y partió en seguida para Copenhague en unión de la madre del novio para contraer matrimonio en la capital. En el camino se le unió su padre, y al preguntarle Cristina cómo estaba Ib, respondió éste que se encontraba muy triste.

Al reflexionar en la desgracia que lo abrumaba, Ib había recordado las tres avellanas que, siendo niños, les había regalado una gitana en el bosque, de las cuales había entregado él a Cristina las dos que contenían coche dorado, caballos de oro y ricos trajes, y, en efecto, la joven iba a poseer todas estas maravillas. La predicción suya se realizaba también; había recibido la tierra negra, que, según había dicho la gitana, «es lo mejor que hay».

—No se equivocó aquella mujer—pensaba Ib—,

porque la tierra más negra, la tumba más sombría, es lo que más me conviene.

Pasaron algunos años, que produjeron a Ib el efecto de un siglo. Murieron los mesoneros, dejando miles de escudos a su hijo único y Cristina poseyó carruajes dorados y vestidos lujosos.

Durante los dos años que siguieron a este acontecimiento, no se tuvo la menor noticia de Cristina; pero, al fin, se recibió una extensa carta, por la que se supo que la situación había variado mucho para la joven, por no haber hecho ella ni su esposo buen uso de las riquezas heredadas.

Florecieron los brezos, para secarse nuevamente; cayó la nieve sobre el bosque, en que estaba la choza de Ib, y la primavera volvió a traer al sol en su séquito. Labrando Ib un día su campo, advirtió que el arado chocaba contra un obstáculo resistente; registró la tierra y encontró un objeto negro en el que brillaba un punto dorado, un araño del arado. ¡Era un brazalete de oro macizo procedente de una tumba de gigante! Volvió a registrar y encontró algunos otros objetos: eran los adornos de un héroe de los tiempos antiguos. Ib mostró el hallazgo al cura y éste lo envió al baile con una carta de recomendación.

—Lo que has encontrado en tu campo — le dijo el baile—es lo mejor que hay.

—Quiere decir que es lo mejor que hay para un hombre como yo — pensó Ib—; pero, puesto que



...registró la tierra y encontró un objeto negro en el que brillaba un punto dorado. (Pág. 23.)

creen que estos objetos son lo mejor que hay, la gitana no se equivocó.

Siguiendo los consejos del baile, Ib púsose en camino para llevar el tesoro encontrado al museo de Copenhague; y para él, que había cruzado el río que bañaba la linde del bosque en muy contadas ocasiones, este viaje revestía la importancia de una travesía del Océano.

Llegó a Copenhague donde le entregaron una crecida suma por los objetos encontrados bajo la tierra, y se paseó por la gran ciudad con el propósito de partir al día siguiente; pero se extravió, cuando

anohecía, en un laberinto de callejuelas del arrabal de Christianshavn. Cruzaba un callejón horrible y sucio en el que no encontró más que a una niña a quien rogó que lo orientase ; la criatura lo miró atemorizada y empezó a sollozar. Ib, conmovido, le preguntó por qué lloraba ; pero la niña sólo respondió algunas palabras ininteligibles. Entonces condujo a la criatura debajo de un farol, e Ib, al verle el rostro, exhaló un ligero grito de sorpresa : tenía delante a Cristina, o, al menos, una niña exactamente igual a ella, cuando tenía aquella edad. No podía equivocarse ; aquellas facciones estaban profundamente grabadas en su memoria.

Rogó a la niña que lo llevara a su casa, y como



la criatura había advertido su aspecto bondadoso, dejó de llorar y entró con él en una morada de pobre apariencia. Subieron una escalera estrecha y antigua, y allá arriba, en los desvanes, entraron en un cuarto oscuro, en uno de cuyos rincones exhalaba suspiros de dolor una persona. Ib encendió un fósforo y, a su claridad, vió una mujer, la madre de la niña, tendida en un miserable jergón.

—¿Puedo seros útil en algo? — preguntó Ib—. La pequeñuela me ha conducido hasta aquí, pero soy extranjero. ¿No conocéis algún vecino, alguna persona, a quien pueda llamar en vuestro socorro?

Y, como advirtiera que la cabeza de la enferma se había deslizado por la almohada, la incorporó para colocarla bien, quedándose profundamente asombrado al mirarle el rostro y conocer a Cristina, ¡la Cristina que en otro tiempo había sido la reina de los brezos!

Hacía ya mucho tiempo que Ib no había oído hablar de ella, porque todos evitaban pronunciar su nombre delante de él para no despertar penosos recuerdos. El hijo del mesonero había perdido la cabeza al recibir la herencia de sus padres, y, creyendo que sus riquezas eran inagotables, había abandonado su empleo y dedicábase a viajar con boato de gran señor. Cuando le faltó el dinero, contrajo deudas, encaminándose poco a poco a la ruina, y, como los amigos que le habían ayudado a derrochar la fortuna, le volvieron las espaldas ale-

gando que tenía bien merecida su desgracia, se suicidó arrojándose al canal.

Cristina hacía ya muchos años que llevaba la muerte en el alma. Su primer hijo, que había nacido cuando se encontraba ya ella en la miseria, había muerto, pero le quedaba una hija, llamada también Cristina, y era la que Ib acababa de encontrar. Madre e hija luchaban en aquel camaranchón, abandonadas y sufriendo frío y hambre, hasta que, al fin, la infeliz Cristina enfermó.

Ib la oyó murmurar :

—Voy a morir y a dejar a esta criatura sola en el mundo y sin protección alguna. ¿Qué va a ser de ella?

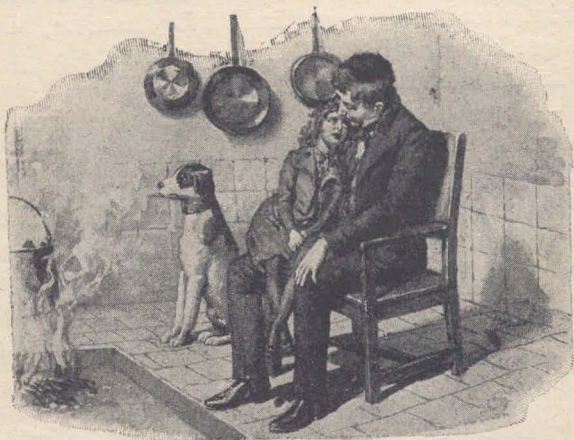
Aniquilada, guardó silencio. Ib encendió un cabo de vela que encontró, y la triste habitación iluminóse débilmente. Cuanto más contemplaba las facciones de la niña, más parecido le encontraba con su amiga de la infancia, por lo que la amaba ya tiernamente.

La moribunda advirtió que no se encontraba sola y abrió los ojos. ¿Reconoció a Ib? Este jamás lo supo, porque la infortunada murió pocos momentos después sin haber podido pronunciar una palabra.

... ..

Nos encontramos nuevamente en el bosque cerca del río de Gudena. Los brezos están sin hojas.

Las tormentas de otoño arrastran las hojas secas hasta la choza del barquero, habitada por personas extrañas ; pero, al abrigo de una elevación del terreno, álzase la casa de José Jaens revocada y blanca como una paloma ; en el interior chisporrotea alegremente el fuego. Aunque el sol se oculte



tras las nubes, la modesta vivienda está iluminada por los brillantes ojos de una niña, cuyo alegre parloteo semeja el canto de los pajarillos. La animación y la alegría han entrado con ella en el hogar ; pero, en el momento en que la volvemos a presentar al lector, reposa dulcemente sobre las rodillas de Ib, que es padre y madre para ella. La

madre descansa hace ya tiempo en el cementerio de Copenhague, y la niña apenas la recuerda.

Ib, que ha hecho fructificar el oro que encontró bajo la tierra, como hace producir el campo que cultiva con incesante actividad, vive ahora con gran desahogo ; pero su mayor alegría es la de haber vuelto a encontrar a Cristina.

---

## LOS SALTARINES

---

La pulga, el saltamontes y el diávolo — juguete de hueso o madera que se lanza al aire y que en el norte de Europa se llama *hup-hup* — apostaron un día cuál de los tres, al saltar, se elevaría más, y, al efecto, convinieron hacer la experiencia en público; y como los tres eran saltarines famosos, acudió gente de todas partes a presenciar el espectáculo.

—Mi hija coronará al vencedor — prometió el rey de los genios—, y lo nombraré archisaltarín de mi corte.

Reunida la asamblea e instalado el jurado en una galería, fueron introducidos los competidores, siendo la pulga la primera en presentarse. Tenía este insecto muy agradables modales, y saludó con gracia al rey, a la princesa, al jurado y al público, revelando que había frecuentado el trato de gente de buena sociedad, o, lo que es lo mismo, que había chupado la sangre a señoritas muy bien educadas.

Entró después el saltamontes, con paso mesurado y vistiendo uniforme verde. Poseía cierta dignidad y vanagloriábase de descender de una antigua familia citada en la Biblia y que había disfrutado en Egipto, en tiempos de los faraones, de gran consideración. En cuanto a él, personalmente, un



...posóse sobre las regias narices del monarca...  
(Pág. 32.)

muchacho lo había cazado un día en el campo y lo había metido en un palacio encantador construído con naipes, palacio que tenía tres pisos, puertas y ventanas, considerándose el insecto muy honrado con tener semejante habitación para sí solo.

—Cantaba allí a mi gusto — dijo el saltamon-

tes—, y mi voz pareció tan agradable, que un grillo, al oírme, enflaqueció de rabia.

El saltamontes, como la pulga, parecían dignos de obtener un gran empleo en la corte. El diávolo, o hup-hup, por lo contrario, no tenía buena cara y permanecía silencioso ; pero no por eso dejaba de pensar, y el perrito de la princesa, que lo husmeó, declaró que era de hueso de buena calidad. Un antiguo consejero íntimo, condecorado con la orden del silencio, dijo que el hup-hup tenía aspecto de personaje distinguido. Otro manifestó que poseía la extraordinaria facultad de servir de barómetro, porque, cuando al saltar sube muy alto, el tiempo es bueno, y si se eleva poco, es señal de lluvia.

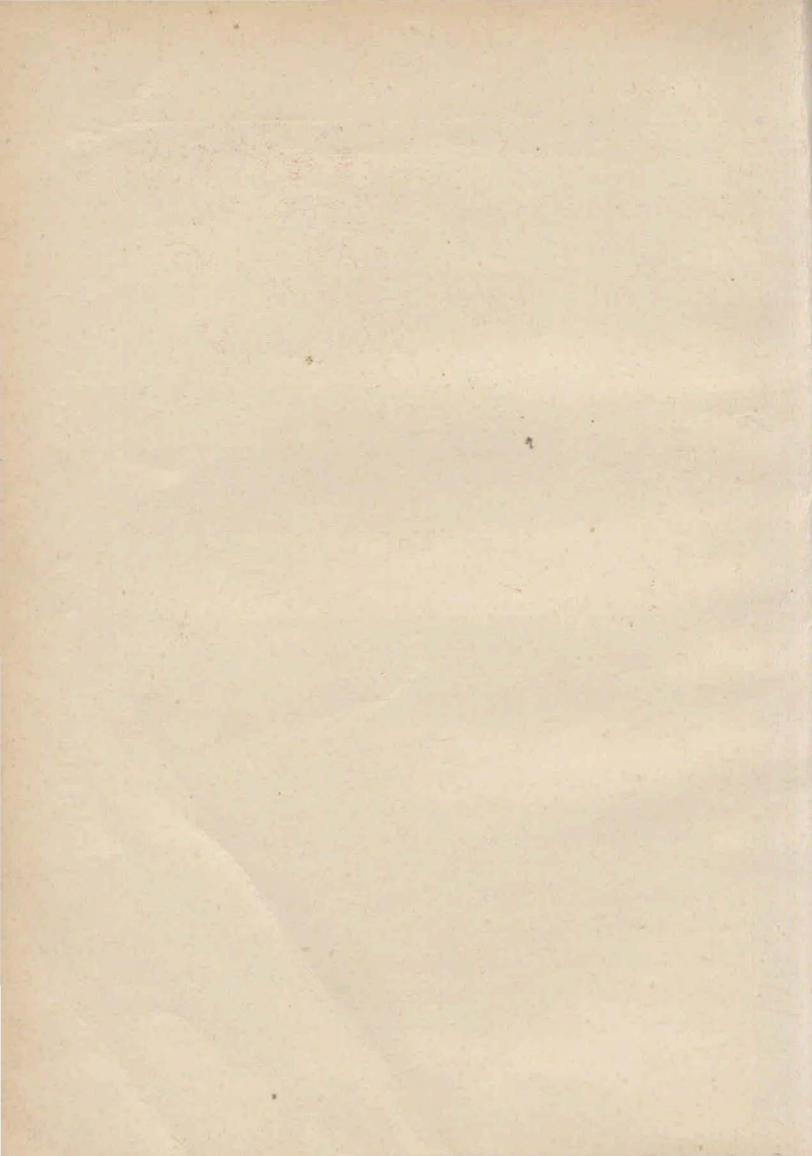
El jefe del jurado hizo la señal y comenzó la prueba. La pulga saltó la primera, y subió tan alto, tan alto, que nadie vió hasta dónde había llegado ; pero una de sus enemigas dijo que apenas se había movido. Evidentemente, esta afirmación no era más que una calumnia cortesana.

Saltó luego el saltamontes, y para que su habilidad quedara fuera de duda, posóse sobre las regias narices del monarca que vociferó como un simple mortal. Fué una torpeza imperdonable.

Faltaba el hup-hup, y, como el juguete no se movía, los dos otros competidores aseguraron que renunciaba a la lucha. El perrito se acercó al juguete y se disponía a darle una dentellada para convencerse si era realmente de hueso de buena calidad, cuando ¡ zás ! saltó el hup-hup yendo a



...la incorporó para colocarla bien, quedándose profundamente asombrado al mirarle el rostro y conocer a Cristina... (Pág. 26.)



caer precisamente sobre la falda de la linda princesa que ocupaba un trono de oro macizo.

El rey aplaudió, y el concurso cortesano pataleó de entusiasmo.

—¡ El hup-hup ha vencido ! — exclamó Su Majestad—. No importa que haya subido más o menos alto ; pero ha demostrado tener inteligencia rindiendo homenaje a mi hija, que era lo verdaderamente difícil.

Y el jurado, de la misma opinión que el rey, concedió el premio al juguete, que fué coronado entre vítores y marchas.

—Yo soy, sin embargo, la que más alto ha subido — dijo la pulga—, y dan el premio a ese pesado hup-hup. ¡ Lo que vale ser intrigante !

Y, rabiosa, la pulga acometió a la princesa ; pero hizo mal, porque perdió la vida.

El saltamontes volvió al campo, donde, meditando acerca de las injusticias humanas, cantó su desventura en una triste balada que escuché una noche.

Aquella balada me enseñó el cuento que acabo de relatar.

---

## LA FELICIDAD EN UNA RAMA

---

Felicidad absoluta no existe en la tierra, pero la felicidad relativa la conocemos todos, aunque con la diferencia de que, mientras los seres afortunados la llevan siempre consigo, otros no la ven más que en determinados años o en ciertos días, no faltando tampoco quien únicamente la oye llamar a la puerta de su casa una sola vez durante toda su vida.

Dios hace un don a cada criatura en el momento de nacer ésta, pero no lo coloca al lado de la cuna, sino en lugar secreto y donde menos se piensa buscarlo. Por eso, cuando se descubre el escondite, quédase uno agradablemente sorprendido, al encontrarlo.

Este don puede consistir, por ejemplo, en una manzana, como le ocurrió al famoso Newton, que, al ver caer del árbol una fruta de esta clase, hizo un descubrimiento que le ha hecho inmortal. Si el lector no conoce esta historia, debe rogar a una

persona instruída que se la cuente. Yo voy a referir la historia de una pera.

Era una vez un hombre que, a pesar de su laboriosidad y honradez, no había podido salir de la posición humilde en que naciera. Tornero de oficio, dedicábase especialmente a la construcción de mangos de paraguas. Se había casado con una mujer muy hacendosa ; pero lo que entre los dos ganaban bastaba apenas para la alimentación propia y la de sus hijos.

—Nunca tendré suerte — decía, y en esta convicción, había concluído por resignarse y no murmuraba contra la Providencia como otros muchos habrían hecho.

Lo que estoy narrando no es un cuento, sino una historia, y podría nombrar el país en que ha ocurrido ; pero esto no hace al caso.

El infeliz hombre tenía un jardincito donde brotaban algunos cerezos silvestres, cuyos frutos eran un regalo para los gorriones. También tenía un hermoso peral, pero este árbol no había dado jamás otra cosa que sombra. No producía fruto.

Una noche, hubo una espantosa tempestad, y, al día siguiente publicó un periódico la noticia de que la diligencia había sido arrastrada por el huracán y arrojada en el foso como una pelota. No tuvo, por consiguiente, nada de extraño que el viento tronchara una rama de peral.

Esta rama fué llevada al taller, y al obrero se le ocurrió tornear una hermosa pera, luego otra más

pequeña, y, por último, otras tan diminutas que parecían peras del país de Liliput, dándoselas después a sus hijos para que jugaran con ellas.

—Así — les dijo—, nadie podrá negar que ese obstinado árbol ha dado peras.

Como en aquel país llovía con mucha frecuencia, el buen hombre ganaba el sustento fabricando mangos de paraguas, a pesar de lo cual en casa del tornero no había más que un paraguas algo recosido y zurcido, pero muy grande, que el viento lo había vuelto varias veces con violencia. El mango había quedado también deteriorado y el obrero lo había reparado fácilmente; pero lo que le incomodaba era que el anillo que sujetaba la tela cuando no llovía, era pequeño y hacía saltar a veces el botón a que lo enganchaban.

Un día en que ocurrió esto, inclinóse el obrero para buscar en el suelo el botón, y sólo pudo encontrar una de las lindas peras que había él torneado y que los niños habían perdido jugando.

—Esto quizá sirva — pensó, e inmediatamente agujereó la perita, pasó por ella un cordón, la adaptó a lo que quedaba del anillo, y la tela quedó mejor sujeta que antes.

Algún tiempo después envió a un tendero de la capital una colección de mangos de paraguas, y algunas peritas preparadas del mismo modo. En la ciudad negáronse al principio a usarlas, pero dos de las peritas llegaron a América donde se reconoció en seguida que sujetaban, mejor que todos los

botones del mundo, la tela de los paraguas, y escribieron al paraguero que las pusiera en todos los paraguas que mandase.

Entonces aumentó notablemente el trabajo en casa del tornero, que tuvo que fabricar miles de peritas, y, como en América se reconoció su utili-



...y a su lado permanezco invisible con la rama encantada en la boca... (Pág. 38.)

dad, las gentes del país, que antes las habían desdénado empezaron a usarlas.

Los chelines, y luego los escudos, se amontonaron en casa del pobre tornero, que montó un gran taller y contrató muchos obreros y aprendices que no hacían otra cosa que tornear peritas.

Cuando llegó a hacerse rico, decía el tornero sonriéndose : «Mi felicidad estaba oculta en una rama.»

Yo, que os cuento la historia, os lo digo también.

¿No habéis oído decir aquí, en Dinamarca, la frase : «Si encuentras una rama de corteza blanca, pónstela en la boca, y serás invisible»?

Pues yo he encontrado una de estas ramas y, merced a ella, puedo acercarme, sin ser visto, a los niños, cuando papá, mamá o la hermanita mayor les leen mis cuentos, y a su lado permanezco invisible, con la rama encantada en la boca. Si los niños se distraen y se divierten oyendo mis narraciones, sus ojos se animan y se conmueven sus corazoncitos, entonces, considerándome feliz, me digo a mí mismo : «Mi felicidad está también en una rama».

---

## LA ALCANCÍA

---

En la habitación de los niños de la casa, y además de una infinidad de juguetes diseminados en el suelo y sobre los muebles, había encima de un armario una alcancía de porcelana que afectaba la forma de un pequeño lechón, con una abertura bastante ancha en el lomo por la que se introducían las monedas.

La alcancía estaba tan llena que, aunque la movieran con fuerza, apenas producía ruido alguno. Repleta de monedas, en su mayoría, de cobre, y colocada sobre el armario, cerca del borde, miraba despectivamente cuanto sucedía en la estancia, acaso porque ignoraba que con su contenido se habría podido comprar todos los juguetes que servían de diversión a los pequeñuelos que no cesaban de entrar y salir de la habitación.

En cambio, los juguetes conocían bien el valor del dinero que encerraba la alcancía ; pero no por esto perdían su buen humor de juguetes. En uno

de los cajones medio abiertos de la cómoda, reposaba una muñeca, que, a pesar de hacer un año que estaba en la casa, se conservaba todavía bella y en relativo buen estado, porque sólo había recibido un rasguño en el cuello, y perdido un poco de afrecho.

La muñeca se levantó de pronto y dijo :

—Si jugáramos al hombre, nos divertiríamos mucho. ¿Qué os parece?

La idea fué bien acogida. Era un rasgo de ingenio que tuvo la virtud de poner en movimiento a todos los juguetes. Una estampita, que estaba arriada a la pared, dió un salto de gusto y volvióse patas arriba ; la gentecilla vió que tenía revés y se echó a reír.

Era de noche, la luna brillaba con todo su esplendor, y, por consiguiente, era innecesario ocuparse en la iluminación. Iba a comenzar la comedia, en la que todos debían desempeñar un papel, incluso el trompo y la cuerda para saltar, que, por figurar entre los juguetes de la calle, no disfrutaban de mucha consideración.

Sólo la alcancía permanecía inmóvil y silenciosa, conservando toda su dignidad. Varios juguetes, en nombre propio y en el de los demás, la invitaron a tomar parte en la fiesta, a lo que respondió que permanecería en su sitio para ver el juego y apreciar el mérito de los autores.

Esto pareció una buena idea, y todos se dispu-

sieron a hacer cuanto supieran para agradar a una alcancía tan repleta de dinero.

Los juguetes empezaron a representar un te estético dado en casa de una baronesa. La muñeca herida, que representaba el papel de ama de casa, manteníase tan tiesa, que daba gusto.

Comenzó la conversación ; el caballo habló de las carreras y de las vallas ; el coche, de los tranvías y ferrocarriles, y, en general, cada uno habló de lo que conocía, lo que no era muy propio tratándose de imitar a los hombres, pues es sabido que éstos hablan casi siempre de lo que ignoran. El péndulo lanzóse en la política, lo que no pareció fuera de carácter porque se encontraba descompuesto. Los hermosos almohadones que estaban sobre el sofá, no decían nada ; eran personajes mudos e infatuados con su hinchazón.

La comedia que se representaba, no podía ser más detestable ; pero los actores no desempeñaron mal sus papeles. Casi todos fueron ingenuos, y dijeron cosas tan lindas que olvidaron el te ; la baronesa, es decir, la muñeca, quedó encantada, y, al dar un brinco de alegría, se le abrió la antigua herida.

A la alcancía le agradaba mucho la actitud majestuosa de los dos almohadones, y se propuso recordarlos cuando hiciera testamento, y entonces fué cuando la comedia revistió caracteres verdaderamente humanos, porque, como en el mundo de los hombres, en el de los juguetes, al lado de lo có-

mico, figuró lo trágico, a causa de un pesado vehículo, que pasó por la calle, poniendo en conmoción toda la casa. La alcancía, que estaba, como ya se ha dicho, al borde del armario, se tambaleó y, ¡cataplum!, cayó al suelo haciéndose mil pedazos.

Las monedas de cobre y las de plata salieron rodando y, después de bailar una alegre zarabanda, cada una se detuvo donde le fué posible, pensando en las vicisitudes de este mundo.

Al día siguiente fueron arrojados a la basura los tiestos de la alcancía, y cuyo lugar encima del armario pasó a ocupar otra que la criada, por encargo de los dueños de la casa, compró en una cacharrería.

Mientras permaneció vacía, no produjo más ruido que la otra que estaba completamente llena, y ésta, precisamente, es la moraleja del cuento.

---

## EL ALFORFÓN

---

Niños, si, durante el otoño, habéis pasado alguna vez cerca de un campo sembrado de alforfón o de trigo moruno, habréis advertido, por poco observadores que seáis, que está negro como si hubiera sido pasto de alguna llama ardiente.

«El rayo ha puesto negro el alforfón», suelen decir los aldeanos de Dinamarca ; pero, si se les pregunta cómo o cuándo ha ocurrido el suceso, ninguno sabe responder.

Sin embargo, lo que ignoran los campesinos de Dinamarca no es un secreto para mí, porque me ha referido la historia del caso un gorrión, a quien, a su vez, informó un venerable sauce secular que, muchísimos años antes, había sido testigo presencial del hecho.

El sauce de referencia, abrumado por el peso de los años, inclina graciosamente sus ramas casi hasta el suelo, pero tiene la cabeza abierta y entre las grietas crecen muchas plantas parásitas.

Hace algunos siglos, encontrábase toda la her-

mosa llanura de los alrededores sembrada de centeno, cebada y avena, planta muy bonita esta última, porque, cuando está madura, produce el efecto de una bandada de canarios. Hermosas erguíanse las plantas, y, cuanto más llenas estaban las espigas, más modestamente se inclinaban como para dar gracias al Creador.

Cerca del sauce, que entonces era ya viejo, había también un campo de alforfón; pero esta planta, en vez de doblarse como las otras, permanecía recta y erguida.

—Tengo tantos granos como el centeno — decía—, y, además, mejor aspecto que él. Mis flores son tan hermosas como las del manzano y, cuando están abiertas, forman una seductora alfombra, semejando una nivea y delicada muselina tejida por las hadas. Los hombres se detienen para contemplarme. Dime, viejo sauce, tú, que por tener muchos años y larga experiencia has debido ver muchas cosas, ¿conoces algo más encantador que un campo de alforfón en flor? Habla.

El sauce, a imitación de los hombres, agitó sus ramas hacia atrás y hacia adelante, como si pretendiera decir:

—¡Efectivamente, no hay nada más encantador!

Pero este homenaje silencioso no satisfizo al alforfón, que pensó:

—Este sauce no ha tenido jamás ingenio, y, si alguna vez lo tuvo, los años se lo han hecho perder.

Pero he aquí que, de pronto, se amontonaron en el espacio gruesos nubarrones, y levantóse un terrible huracán. Unas flores cerraron sus corolas, y otras se inclinaron, pero el alforfón permaneció enhiesto como un poste, henchido de orgullo.

—Humíllate e inclina la cabeza como nosotras; reconoce el poder Supremo de Dios — le gritaron las florecillas.

—Inclinaos vosotras, que sois unas débiles criaturas — respondió él con arrogancia.

—Inclina la cabeza como nosotros — gritaron también el centeno, la cebada y la avena—. El ángel de las tormentas se aproxima y sus inmensas alas de fuego rasan la tierra. ¡Infelices de los que lo reten!

—No me inclinaré — replicó el alforfón.

—Tiéndete pronto — aconsejó el viejo sauce—. Los relámpagos son cada vez más terribles, y el trueno retumba. No mires hacia arriba cuando se rasgan las nubes y estalla el rayo, porque hasta a los hombres les es imposible soportar ese espectáculo que los ciega.

—¡ Ah !... ¿ los hombres no se atreven a mirar el relámpago? — exclamó el alforfón con su loca soberbia—. Pues yo lo miraré cuando, al través del relámpago, puede distinguirse el fondo de los cielos.

Y, efectivamente, en el momento en que zigzagó en el espacio un rayo deslumbrador y retumbó un trueno espantoso, el alforfón mantúvose erguido y con la cabeza levantada. Aquel rayo acaba-

ba de destruir el campanario de la iglesia vecina.

Cuando el sol brilló de nuevo, las flores y las plantas volvieron a levantarse ; el aguacero bienhechor las había refrescado y rejuvenecido, pero el alforfón estaba negro. El rayo lo había herido dejando impresa en él para siempre su imborrable marca.

El viejo sauce agitaba las ramas dejando caer de ellas gruesas gotas, que semejaban lágrimas.

—¿Por qué estás tan triste? — preguntaron al viejo árbol unos gorriones—. El aire es suave, agradable, y está embalsamado con el perfume de las flores y de los bosques. El sol esparce nuevamente la alegría por doquier, y, allá abajo, muestra sus brillantes colores el espléndido arco iris.

El sauce les refirió lo que acababa de ocurrir y que era la causa de su tristeza : el orgullo culpable del alforfón y el castigo que había recibido.

Esta historia se ha transmitido, de generación en generación, entre los gorriones, que no han sacado provecho alguno de ella, porque son casi tan impertinentes y pretenciosos como el alforfón.

Aprovéchala tú, querido niño.

---

# HISTORIA DE VALDEMAR DAAE Y DE SUS HIJAS

CONTADA POR EL VIENTO

---

## I

Cuando el viento acaricia las hierbas altas, éstas, inclinándose y levantándose a intermitencias, semejan las suaves ondulaciones de un lago ; pero, si se desliza sobre las mieses, al inclinarse de nuevo, los cereales tienen más semejanza con las olas del mar. El viento canta y cuenta con voz llena y sonora, pero su tono es muy variado, pues no muge lo mismo cuando pasa sobre las copas de los árboles, que cuando entra por las ventanas de un campanario, o por las troneras de una muralla. ¿ Lo ves, allá arriba, empujando las nubes que huyen como rebaño de ovejas perseguidas por el lobo ? ¿ No parece entonces que aúlla como este animal carnicero ? Cuando se introduce por entre las rendijas de la puerta, ¿ no semeja su silbido la voz

de una bocina ? ¡ Qué extraña melodía entona cuando se introduce por la chimenea ! Ahora va a relatar un triste romance, cosa que no debe sorprenderte porque sabe miles de historias. Oigamos la narración ; escucha atentamente.

## II

—A orillas del río Belt — dijo el viento—, levántase un antiguo castillo señorial, con murallas macizas de greda encarnada. Todas las piedras que lo componen, son conocidas mías, por haberlas visto cuando edificaron con ellas el castillo de Mark-Stig, cuando algunos años después lo derribaron, y cuando, trasladadas, se construyó con ellas el castillo de Borreby de que os hablo y que todavía se mantiene en pie.

»He conocido también a todos los grandes y poderosos barones y a las hermosas castellanas que habitaron ese soberbio castillo ; pero hoy sólo me propongo hablar de Valdemar Daae y de sus hijas que también lo poseyeron en tiempos que las crónicas mencionan.

»El señor Daae, por cuyas venas circulaba sangre real, no se limitaba, como muchos de sus as-



Los juguetes empezaron a representar un té estético  
dado en casa de una baronesa. (Pág. 41.)



cendientes y sucesores, a vaciar cuencos y cazar ciervos. Su frente espaciosa revelaba gran inteligencia, y tanta era la fuerza de su voluntad, que confiaba ciegamente en sí mismo. Cuando alguna cosa de las que emprendía no le satisfacía, sonreíase tranquilamente y perseveraba en su prosecución, sin dudar nunca del éxito.

»Su esposa, que vestía trajes recamados de oro, parecía una reina cuando caminaba altanera sobre el entarimado del gran salón, donde las maderas más preciosas brillaban como un espejo; de los techos pendían magníficos tapices, y los muebles eran de ébano y de marfil artísticamente labrados. La marquesa, al contraer matrimonio, había aportado en dote grandes riquezas, oro y vajilla, lo que permitía vivir con lujo y esplendor inusitados en el castillo de Borreby. Los vinos más delicados atestaban la bodega, y en las cuadras relinchaban fogosos corceles de las razas más puras.

»Ida, Juana y Ana-Dorotea, nombres que jamás he podido olvidar, se llamaban las niñas que correteaban por el parque.

»Los moradores del castillo eran, en suma, personas de elevada posición, nacidas en la opulencia y educadas con gran boato. Jamás vi allí, como en muchas partes, a la castellana hilando en medio de sus sirvientas, sino que, por lo contrario, no hacía más que tocar el laúd y cantar endechas y baladas traídas del extranjero, en vez de las anti-



...parecía una reina cuando caminaba altanera sobre el entarimado del gran salón... (Pág. 49.)

guas canciones dinamarquesas que se cantan en otros castillos.

»En el Borreby reinaba constantemente gran animación, merced sin duda a los numerosos huéspedes que de cerca y de muy lejos afluían, atraídos por la fama de esplendidez y de generosidad de que disfrutaban los opulentos castellanos, que obsequiaban diariamente con festines, en los que, a veces, sonaba tanto el choque de las copas que se oía desde fuera, aunque yo soplara fuertemente.

»Sí, el placer y la alegría tenían allí su asiento, pero la virtud estaba ausente.

»Una vez, la noche del primero de mayo, aca-

baba yo de llegar del Oeste, después de haberme distraído en el camino empujando algunas naves hacia la costa de Jutlandia, donde chocaron haciéndose pedazos; y, deslizándome sobre la vasta maleza, había cruzado como un relámpago la isla de Fionia para detenerme sobre Belt, cansado, tosiendo y aperreado. Con el propósito de reposar, fuí a la playa del Selandá, cerca de Borreby, al lado del soberbio bosque de encinas que, en aquella época, existía ya.

»A la sazón, encontrábanse los mozos del pueblo cogiendo ramas muertas y bien secas que lue-



...sonaba tanto el choque de las copas que se oía desde fuera... (Pág. 50.)

go llevaban a la plaza de la aldea, donde las amontonaron y pegaron fuego. Mozos y aldeanas, en corro, saltaban, cantando, alrededor de la hoguera.

»Soplé ligeramente sobre el haz que había llevado el más hermoso, el más vivo de los jóvenes, y despidió una llamarada que brilló como un relámpago, y subió más alta que las demás. ¡ Cuántos gri-



tos de placer dieron las jóvenes! El mozo, que aventajó a sus compañeros, fué aquel año el rey de la aldea y rindió homenaje a la joven que le agradaba. Todo se hizo con mayor júbilo y con alegría más franca que en los suntuosos salones del castillo.

»De pronto, llegó un carruaje dorado arrastrado

por seis caballos, del que se apearon la castellana y sus hijas, tiernas, delicadas y encantadoras flores : la rosa, el lirio, y el pálido jacinto. La madre parecía un soberbio tulipán, resplandeciente de hermosura y lujosamente ataviada, pero un tulipán erguido sobre el tallo. Su altivez no le permitió saludar ni aun con la más leve inclinación de cabeza al alegre concurso que, dejando de jugar, se inclinó respetuosamente ante los señores.

»Al ver pasar a las tres graciosas jóvenes, preguntéme cuáles serían los afortunados mancebos que las harían sus esposas. Seguramente, serán poderosos señores, o quizá príncipes.

»Los aldeanos, a imitación mía, saltaron y danzaron en derredor de la hoguera, mientras el carruaje se alejaba al galope.

»A media noche, cuando me levanté para emprender mi carrera, la altiva castellana se acostó para no volver a levantarse jamás, víctima de una enfermedad súbita que la llevó al sepulcro con igual prontitud que yo hubiera podido hacerlo.

»Esta inesperada desgracia puso sombrío y caviloso a Valdemar Daae, pues hasta el árbol más robusto puede ser tronchado por la tormenta ; pero no tardó en recobrar su altivez y energía. Las jóvenes lloraron mucho tiempo ; pero los vasallos y los escuderos, por lo contrario, no derramaron una sola lágrima. ¡ Los había tratado con tanta crueldad ! Yo me fuí como ella ; pero volvía, de vez en cuando, a las costas del Belt para descansar cerca

de Borreby en el hermoso encinar, donde anidaban garzas reales, palomas torcaces, cuervos y cigüeñas. La primera vez que volví fué en la primavera, cuando la mayoría de las aves estaban empollando sus huevos ; pero, de pronto, oyéronse pitos de alarma, y huyeron y revolotearon los pajarillos y las aves lanzando gritos de dolor y de cólera. En los árboles resonaban los hachazos de los leñadores, que habían empezado a talar el bosque.

»Valdemar Daae deseaba construir un magnífico navío de tres puentes, un buque de guerra, con la esperanza de que el rey se lo pagara a buen precio, y había condenado a la tala al bosque secular que servía de refugio a las aves y de señal a los marinos, en aquellas peligrosas costas. Huyeron los buhos y sus nidos fueron destrozados, animando con su ejemplo a las garzas reales, cuervos y demás pájaros a abandonar los lugares donde, desde muchos siglos antes, residieron centenares de generaciones de su raza ; pero, antes de marcharse, revolotearon con furor, lanzando agudísimos chillidos. Su lenguaje era muy claro para mí ; *Crach, crach !*, decían las cornejas, lo que significa : *Nuestra casa cruje*.

»Valdemar Daae y sus hijas contemplaban la obra destructora, riéndose a carcajadas de los gritos de los infelices expulsados. Sólo Ana-Dorotea, la más joven, tuvo un movimiento de conmiseración, y rogó, con lágrimas en los ojos, que no cor-

taran un árbol medio seco en el que anidaba una cigüeña negra, cuyos hijos asomaban sus asustadas cabecillas. El árbol, que no valía gran cosa, fué respetado.

»Talado el bosque, hubo en él, durante varios meses, un incesante trabajo, aserrando, cortando y



...y rogó con lágrimas en los ojos que no cortarían un árbol medio seco... (Pág. 54.)

clavando maderas para construir el buque de tres puentes. El arquitecto, a pesar de ser plebeyo, tenía una gran inteligencia, y mostrábase arrogante y envanecido. Valdemar Daae lo escuchaba con agrado, e Ida, la mayor de las hijas, que a la sazón contaba quince años de edad, se sonreía cuando

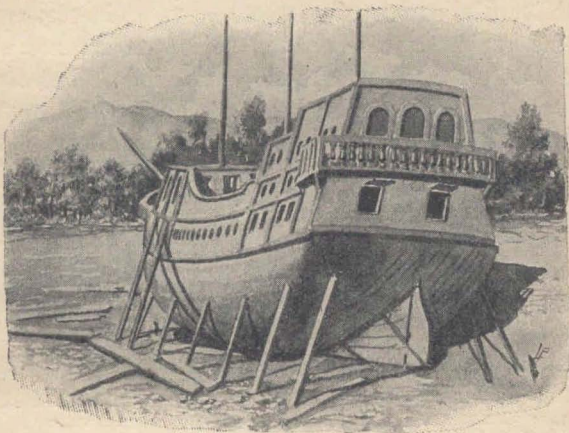
hablaba el joven arquitecto, quien, al mismo tiempo que dirigía la construcción del buque, fabricaba en la imaginación un palacio en el que se veía ya entrar agarrado del brazo de Ida. Esto quizá habría ocurrido, si el palacio hubiera sido de piedra, y tenido grandes salones bien adornados y bosques y alquerías en los contornos; pero, como aquel hermoso castillo estaba edificado en el aire, el pobre arquitecto, a pesar de todo su talento, fué tan mal recibido como un gorrión que hubiera pretendido alternar con pavos reales. Terminado su trabajo, tuvo que partir de Borreby, y yo me alejé también de aquellos sitios. Ida no tardó en resignarse.

### III

»Relinchaban en la cuadra del castillo varios fogosos corceles de negro y brillante pelo, que merecían realmente ser admirados, porque, en velocidad, podían competir conmigo. El almirante, enviado por el rey, para examinar el nuevo buque y comprobarlo si era de su agrado, elogió cumplidamente los soberbios caballos. Yo, que estaba en la playa amontonando delante de Valdemar Daae pajitas de color de oro, escuché la conversación y pude enterarme de que los deseos del castellano no se realizaron,

porque el almirante deseaba los fogosos corceles, y, como no se los regalaron, no se vendió el buque, que se quedó encallado en la arena, cubierto de tablones, como una nueva arca de Noé. Las olas que debían mecerlo no llegaron nunca.

»En invierno, cuando la nieve cubría los cam-



pos y flotaban por doquiera los témpanos, llegué zumbando a lo largo de la costa, donde se reunieron grandes bandadas de cornejas y de cuervos negrísimos, que se posaron en el buque que yacía abandonado, como si la Muerte reinara en él. Las cornejas y los cuervos hablaron del bosque talado, y de las aves que lo alegraban con sus cantos y de los pajarillos que habían muerto, por causa de aque-

lla inerte mole que no había navegado jamás.

»Arremoliné la nieve que se extendió como un sudario en torno de la nave, y subió casi por encima de los mástiles ; soplé luego con toda mi fuerza, y el buque, que nunca había sido sacudido por las olas, supo lo que era una tormenta.

»Pasó el invierno, transcurrió el verano, y volaron los días como yo vuelo, como vuela la nieve, y como vuelan las flores y las hojas que arranco de los árboles. Todo pasa, todo vuela, todo, absolutamente todo desaparece, hasta los hijos de los hombres, pero las hijas de Valdemar Daae no estaban dispuestas todavía para volar.

»Ida continuaba siendo un dechado de belleza, como rosa acabada de abrirse, como la había visto el constructor de buques. Muchas veces, cuando se sentaba y quedaba pensativa, bajo los manzanos del verjel, asíale y destrenzábale yo sus largos cabellos castaños cubriéndoselos con las blancas y rosadas flores de los árboles ; pero ella, que permanecía inmóvil, contemplando por entre el follaje el sol y el horizonte que semejaba una gigantesca barra de oro, no advertía siquiera el desorden que yo introducía en su tocado.

»Su hermana Juana, bellísima también, era esbelta como el lirio, pero altiva y orgullosa como su madre. Agradábale pasear en el salón de honor adornado con los retratos de sus antepasados, donde las damas se representaban vistiendo ricos trajes de terciopelo y seda, y sombreros bordados de

perlas sobre artísticos y extraños peinados. Los caballeros vestían corazas de acero con labores embutidas o mantos de preciosas pieles, anchas gorgueras en derredor del cuello y, según la antigua usanza, con el cinturón de la espada atado al muslo.

»¿ En qué lugar sería colocado, cuando pasara el



...asíale y destrenzábale yo sus largos cabellos  
castaños... (Pág. 58.)

tiempo, el retrato de Juana, y qué traje vestiría el noble señor que fuera su esposo? Tales eran con frecuencia sus pensamientos, que por tener la costumbre de hablar en voz alta cuando se encontraba sola, llegué a conocer por haberla oído un día

en que penetré por una ventana que los sirvientes habían dejado abierta.

»Ana-Dorotea, el pálido jacinto, era una juiciosa niña de catorce años de edad, cuyos grandes ojos azules miraban con melancolía, mientras que la suave sonrisa de la primera juventud vagaba en sus labios. Jamás me habría yo atrevido a amar-gar esta deliciosa sonrisa.

»Encontraba yo a la joven con frecuencia en el jardín, en el parque y hasta en el campo, cogiendo flores y plantas que necesitaba su padre para extraer brebajes, porque Valdemar Daae tenía tanta ciencia como orgullo y conocía perfectamente la flora y la mineralogía, cosa muy rara en aquel tiempo, en el que se referían cosas extraordinarias respecto a su mucho saber.

»Hasta en verano había fuego, día y noche, en la chimenea de su gabinete, donde pasaba largos ratos encerrado con sus redomas y retortas. Nunca declaraba cuál era el objeto de sus investigaciones, porque sabía que, para dominar las fuerzas de la Naturaleza, es indispensable guardar silencio riguroso; pero su deseo era poder llegar a fabricar oro.

»Por la chimenea de su gabinete salía constantemente humo, pero yo soplabla en el hogar, y cantaba: «¡Pasa, vuela! A esto quedará reducido todo: a humo y cenizas. ¡Que te quemas, que te quemas! ¡Pasa! ¡Vuela!» Sin embargo, Valdemar Daae no cedió. De los fogosos corceles, ¿qué

se hizo? Y las copas de oro, la rica vajilla sobredorada, los rebaños, las manadas, ¿qué suerte han corrido? Todo está fundido; todo se ha enajenado para alimentar el fuego de las retortas que no devuelve ni una sola partícula del oro que consume.

»Vácianse las bodegas, los graneros y los armarios, y desaparecen los lacayos, cuyo lugar pasan a ocupar las ratas y ratones. Los cristales de las ventanas se hicieron pedazos, y, merced a esta circunstancia, pude estar como en mi casa en el antiguo castillo, no necesitando ya que abriesen la puerta, ni introducirme en la chimenea, para visitarlo. Entraba y salía siempre que se me antojaba, y, cuando soplaba en el patio de honor, resonaba mi silbido como la bocina del portero, que había desaparecido también. A veces, ocurríaseme hacer girar la veleta de la torre del homenaje, produciendo un ruido sordo que habría podido tomarse por los ronquidos del vigía; pero éste hacía tiempo que se había marchado, y sólo los buhos y las cornejas reinaban en la torre. Las puertas se salían de los goznes, todo se quebraba, todo se hacía pedazos, y yo podía entrar y salir a mi antojo, por lo que pude ver perfectamente lo que pasó.

»En medio de aquel humo, de aquellas cenizas, el ansia y la fiebre minaban el cuerpo y el alma de Valdemar Daae, que no tardó en encanecer; pero, así como el fuego en el hogar, brillaba la llamara-da de sus ojos con el fulgor de la codicia y del amor apasionado por el oro.

»El alambique no producía el resultado apetecido, a pesar de haberse enajenado todos los bienes y acumulado las deudas. Yo cantaba alegremente entrando por los cristales rajados y las agrietadas murallas; soplabá hasta dentro de los armarios de las señoritas, donde estaban, descoloridos y llenos de arrugas, los hermosos trajes de más felices tiempos que, por ser imposible reemplazar, tenían que servir aún.

»Jamás habían oído las altivas jóvenes la antigua balada que dice :

»El lujo y la opulencia en que vivieron,

»En hambre y en miseria concluyeron.

»Pero no era otra cosa lo que les sucedía.

»Yo continuaba paseándome por el castillo. Mis soplidos sonaron melódicos por los largos y desiertos corredores, pero los moradores tenían otras cosas en qué pensar. El invierno era muy crudo, y yo acumulaba la nieve en torno del viejo caserón, viéndose obligadas las tres nobles jóvenes a pasar el día entero en el lecho, por carecer de leña para encender el fuego, pues el bosque, que hubiera podido proporcionarles combustible en abundancia, estaba talado.

»Valdemar Daae temblaba de hambre y de frío; pero su orgullo indomable no se abatía, y él continuaba practicando operaciones químicas.

»—Después del invierno llega el verano — decía—, y la alegría en pos de la pena. Sólo se ne-

cesita tener paciencia. Es verdad que el castillo y las tierras están en poder de los usureros ; pero el día del triunfo se acerca, porque el oro no tardará en salir de mis retortas, lo que ocurrirá el día de Pascua, lo he leído en las estrellas.

»Otro día, al ver a una araña tejer su tela, exclamó :

»--Tenaz e infatigable trabajadora, tú me das



»Valdemar Daac temblaba de hambre y de frío.  
(Pág. 62.)

ejemplo de perseverancia. Si desgarran tu tela, inmediatamente vuelves a comenzarla, y, esto, una y otra vez, hasta que concluyes la obra. Eso haré yo también, y obtendré la merecida recompensa.

## IV

»Llegó el día de Pascua, y, aquella mañana, las campanas de la iglesia repicaron, como si el sol que brillaba en el cenit las alegrara y llenase de regocijo. Todo tenía aspecto de fiesta, todo menos Valdemar Daae, a quien la fiebre y la angustia consumían. El castellano químico había pasado toda la noche en vela fundiendo y enfriando metales, y mezclando y destilando líquidos. Yo le oí blasfemar, rezar y suspirar, y le vi contener la respiración y quedarse inmóvil contemplando la fusión de los metales.

»La lámpara habíase apagado sin que él lo advirtiese. Soplé un poco la lumbre y un resplandor rojizo iluminó su rostro, blanco como la cera, y sus ojos, hundidos en las órbitas, que estaban obstinadamente fijos; pero, de pronto, se le dilataron como si fueran a salirse de las órbitas.

»—Ya lo encontré — exclamó—; ya encontré el cristal de alquimia. ¡Cómo brilla, qué puro y qué pesado es! — y, alzando el recipiente con mano trémula, agobiado por el peso de la emoción, agregó— : ¡ Oro ! ¡ oro, oro !

»El vértigo habíase apoderado del infeliz Valdemar hasta tal punto, que un soplo hubiera bastado para dar con él en tierra. Me deslicé en pos de él cuando recobró el conocimiento, y se dirigió a la sala en que se encontraban sus hijas, juntas unas a otras para tener menos frío. Valdemar llevaba cubiertos de cenizas los vestidos, la cana cabellera y la poblada barba, y se erguía, altivo y triunfante, alzando en el aire el tesoro que tanto le había hecho sufrir.

»—¡ Lo encontré ! ¡ vencí ! — exclamó — ; ¡ oro, oro !

»Y, al decir esto, mostraba el alambique que, a los rayos del sol, brillaba como un astro ; pero su temblorosa mano lo dejó escapar, y el alambique se rompió en mil pedazos, derramándose el contenido. La felicidad de Valdemar Daae había tenido la duración de una pompa de jabón

»—¡ Paso y vuelo ! — dije yo.

## VI

»A la entrada del otoño volví a las inmediaciones del castillo. Como me encontraba de buen humor, arremoliné las nubes, limpié el cielo, y rompí las



...agobiado por el peso de la emoción, agregó—:  
¡Oro! ¡oro, oro! (Pág. 64.)

ramas secas de los árboles, trabajo penoso, que tenía obligación de realizar, como todos los años.

»La desgracia había realizado también su obra demoledora en Borreby. Owe Ramel, señor de Basnaes, que desde tiempo inmemorial era enemigo de Valdemar Daae, acababa de presentarse reclamando la transferencia de la propiedad del castillo y del feudo entero, por no haber sido pagada la cantidad en que estaba hipotecado. Yo sacudí los cristales rotos, conmoví las puertas de enmohecidos goznes y silbé por entre las grietas. ¡Qué escándalo

promoví para quitar al castellano Owe los deseos de instalarse en Borreby!

»Ida y Ana-Dorotea lloraban amargamente; pero Juana, orgullosa, manteníase en pie, pálida de despecho, mordiéndose el dedo pulgar hasta el extremo de hacer brotar la sangre.

»Owe Ramel ofreció a Valdemar permitirle continuar habitando en el castillo mientras viviera; pero los castellanos le dieron las gracias y rechazaron la oferta. El señor Daae, antes tan opulento, y, a la sazón, reducido a la más espantosa miseria, abandonó el castillo altivamente y con la cabeza erguida, caminando con paso reposado y sin volverse para contemplar por última vez la mansión



de sus abuelos. Era un espectáculo grandioso, que me conmovió tan profundamente, que me aparté a un lado para dejarlo pasar y quebré una rama, viva aún, de uno de los tilos seculares que había en el patio.

»El trance no podía ser más duro, necesitándose gran fuerza de alma para conservar una actitud digna ; pero Valdemar Daae tenía un corazón como una roca.

»El y sus hijas sólo poseían la ropa que llevaban y un alambique nuevo que a fuerza de privaciones habían logrado adquirir, y en el que habían recogido parte de la preciosa preparación que debía producir el oro apetecido.

»Valdemar Daae guardó cuidadosamente esta preparación en su pecho, y con un palo en la mano derecha, salió del castillo de Borreby el señor tan poderoso y temido en otros tiempos, seguido por sus tres hijas. La cólera le inflamaba la sangre y le enrojecía las mejillas ; pero yo se las refresqué con mi soplo, revolviéndole las canas. Para consolarlo le canté mi endecha, que le hizo pensar, sin duda, que su antigua opulencia había desaparecido para siempre como arrebatada por una borrasca.

»Ida caminaba a un lado de su padre y al otro Ana-Dorotea. Juana, que iba detrás, volvióse, al llegar a la puerta, para dirigir una postrer mirada a la casa en que había vivido en medio del mayor esplendor ; pero sus ojos no se humedecieron

siquiera. Su inmoderado orgullo no le permitía conmoverse.

»Siguieron a pie la carretera que con tanta frecuencia habían recorrido en carruaje dorado, como una familia de mendigos. Atravesando campos y pisando brezos llegaron a la choza de arcilla que habían alquilado por una insignificante cantidad, y la encontraron tan vacía como el castillo que acababan de abandonar, pues no había en ella otra cosa que las cuatro paredes. Como cuando fué talado el bosque, los cuervos y las cornejas gritaban burlándose de los ex opulentos señores que en otros tiempos los privaron de sus nidos.

»Valdemar Daae y sus hijas oyeron estos gritos burlones, que no los conmovieron, porque, ¿qué podría impresionarles después de la caída que acababan de dar?

»Instaláronse, pues, en la miserable choza, donde me separé de ellos para continuar mi obra de arrancar las hojas de los árboles, impulsar las nubes, amontonarlas hasta conseguir que se deshicieran en agua, agitar las olas marinas y sumergir los buques, entonando mi eterna canción.

## VI

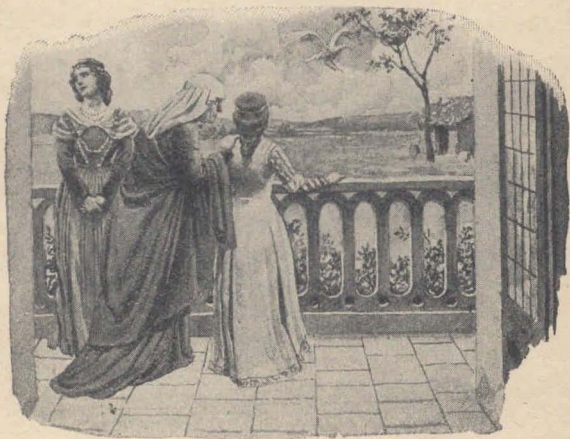
¿Qué suerte corrieron Valdemar Daae y sus hijas?

»Medio siglo después volví a ver á Ana-Dorotea, el pálido jacinto, que, habiendo sobrevivido a su padre y hermanas, estaba ya envejecida y encorvada y se acordaba de todo.

»En el balcón del hermoso castillo del preboste de Vilborg encontrábase la noble castellana con sus hijas, contemplando la vasta campiña, cuando, de pronto, detuviéronse sus miradas en un árbol aislado, del que colgaba un nido de cigüeñas. Junto al árbol alzábase una vetusta cabaña cubierta de musgo y de ramas, que no se encontraba en peor estado que el nido de cigüeñas, porque cuando yo pasaba por allí, dejaba de soplar para no echar a tierra la miserable casucha. Era una mancha en el paisaje y la habrían destruído seguramente, lo mismo que el árbol, a no haber sido por el nido. Compadecíanse de las aves de Egipto, y por esto dejaron en pie el árbol y la cabaña que servía de refugio a una mendiga. ¿Era la recompensa que obtenía por haber suplicado un día que no cortaran

aquel árbol, por respeto al nido de cigüeñas? Al menos, así lo creía firmemente, porque de todo se acordaba.

»—¡Ay! — suspiraba—, ¡ay! ¡No doblaron las campanas cuando enterraron a Valdemar Daae; los niños de la aldea no cantaron los salmos peni-



...detuviéronse sus miradas en un árbol aislado, del que colgaba un nido de cigüeña. (Pág. 70.)

tenciales cuando fué sepultado el último de los antiguos y poderosos señores de Borreby! Estaba convencido de que no habían de tributarle honor alguno y, sin embargo, o quizá por esto mismo, vió llegar la muerte con alegría. Todo acaba, hasta la miseria. Nada pudo abatir su altivez hasta que mi

hermana Ida, vencida por el sufrimiento y las privaciones, consintió en casarse con un aldeano, golpe demasiado duro para Valdemar Daae. ¡ Su hija mujer de un siervo, a quien el señor de la aldea podía, a su capricho, apalear por la menor falta ! Este matrimonio hizo pedazos el corazón de Valde-



Una noche de borrasca, la empujé y la arrojé  
al agua... (Pág. 73.)

mar Daae. Sin embargo, Ida, apenas salvada del hambre, murió de dolor, por haber hecho tan mal casamiento. ¡ Cuánto envidio su suerte ! ¿ No moriré yo jamás ? ¡ Oh ! ¡ Dios de misericordia, tened compasión de mí abreviando este largo sufrimiento !

»--Tu otra hermana, Juana la altiva, tenía ánimo viril y corazón elevado — replicó el viento—. Vistióse de hombre, y como la miseria había agostado su belleza, nadie la creyó mujer. Se alistó como grumete a bordo de una nave, donde trabajó tan bien, que jamás le dirigieron un reproche. Cobraba un modesto salario, pero hacía mucho más de lo que tenía obligación. Una noche de borrasca—añadió el viento—, la empujé y la arrojé al agua, obrando, en mi opinión, cuerdamente, porque le dispensé un gran favor.

## VII

»En una mañana de Pascua, parecida a la en que Valdemar Daae creyó haber descubierto el secreto de fabricar oro, oí entonar un cántico, bajo el nido de cigüeñas, en la choza derruida. ¡Qué acento tan dulce y conmovedor! Habría podido decirse que era el sonido armonioso que producen los cañaverales cuando son acariciados por mí. Era el último canto de Ana-Dorotea, que cantaba contemplando los brezos por una abertura que, en forma de ventana, tenía la choza. El sol resplandeciente apareció como un globo de oro a sus ojos, que entonces se cerraron para siempre mientras sus labios

daban paso a un débil suspiro. Yo sólo canté en su entierro, y acompañé su cadáver a la tumba por todos ignorada, como la de su padre.

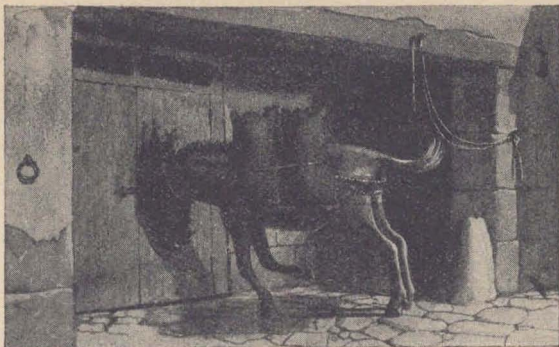
»El tiempo, impasible, ha proseguido su marcha hacia la eternidad, las generaciones se han sucedido y la sociedad se ha transformado. Sobre la tierra, bajo la cual reposan los huesos de Ana-Doro-tea, pasa una línea férrea. Un largo tren avanza con estrépito a todo vapor haciendo trepidar el suelo, pero en breves instantes pasa y desaparece en la lejanía, como pasan los hombres y las cosas, como todo pasa y desaparece.

»Yo, el viento, hago lo mismo : soplo, paso y desaparezco. El cuento se ha acabado».

FIN

P  
2-93  
3I

AUTORES DANESES  
LITERATURA INFANTIL. CUENTOS



## El burro del Aceitero

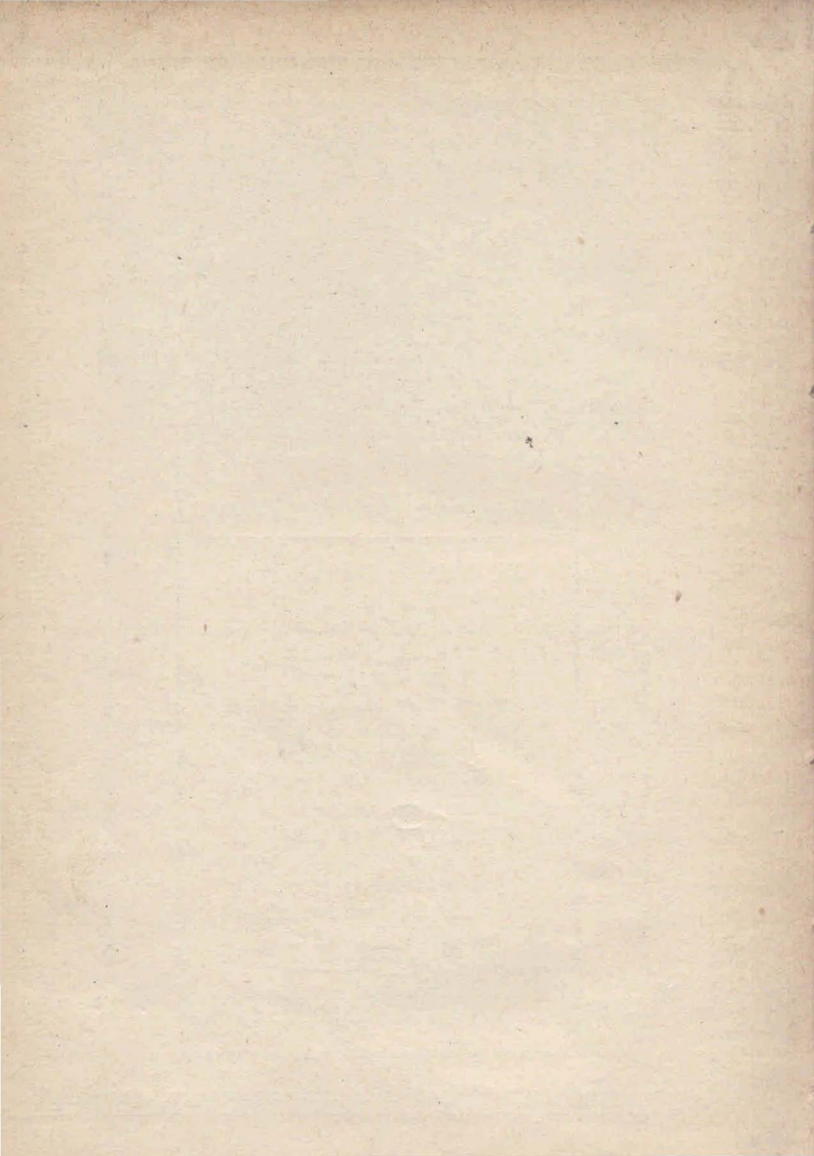
En cierta ocasión un cuero  
Lleno de aceite llevaba  
Un Borrico, que ayudaba  
En su oficio á un Aceitero.

A paso un poco ligero  
De noche en su cuadra entraba,  
Y de una puerta en la aldaba  
Se dió el porrazo más fiero.

¡Ay! clamó: ¿No es cosa dura  
Que tanto aceite acarree  
Y tenga la cuadra oscura?

Me temo que se mosquee  
De este cuento quien procura  
Juntar libros que no lee.  
¿Se mosquea? Bien está.  
Pero ese tal, ¿por ventura  
Mis Fábulas leerá?

IRIARTE.



# La Zorra y el Lobo

Había amontonado el lobo en su madriguera muchas provisiones para mantenerse sin trabajar durante el resto de su vida. Lo supo la zorra, y sin tardanza se fué a ver al lobo a su madriguera, diciéndole «¡Ay! amigo mío; ya te echaba de menos después de tantos días de no verte por el campo. No dudes de que te quiero mucho, y mi mayor consuelo fuera vivir en tu compañía.» El lobo, que conoció el intento de la zorra, le dijo: «No vienes a verme porque me quieras, sino para robarme algo de lo que tengo, y así no te agradezco la



visita ni necesito tu compañía.» La zorra, deseosa de vengarse del lobo, le descubrió su madriguera a un pastor para que lo matase, como lo hizo; pero después mató también a palos a la zorra. «Bien merecida tengo la muerte, pues por envidia procuré la del lobo.»

*El que hace daño al prójimo no tarda en padecer el mismo daño que hizo, porque quien a hierro mata, a hierro ha de morir.*

Esopo.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

*inv 29138*

# Biblioteca Selecta

## VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un misterio de animales
21. La pícaro vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.